

RESEÑAS





IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

.....
LUIS SALAZAR CARRIÓN, *PARA PENSAR LA POLÍTICA*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Departamento de Filosofía, 2003.
.....

POR JUAN MANUEL GARDUÑO MORA
Maestría en Filosofía Política, UAM-I

En estos tiempos en que repetidamente escuchamos la palabra política es preciso preguntarnos de qué estamos hablando y qué queremos decir cuando la utilizamos. A veces nuestra reflexión histórica no es tan profunda como para abordar la problemática de fondo y tenemos que volver la mirada a los libros. *Para pensar la política* es una obra donde se reflexiona la filosofía política desde Platón hasta Rousseau. Su finalidad es introducir a los principiantes en filosofía política, pero también es una invitación a repensar las teorías de los autores clásicos; desde ambos puntos de vista resulta atractiva la lectura. La metodología del autor, siguiendo a Michelangelo Bovero, contempla cinco puntos de análisis de las teorías políticas de los clásicos: 1) los presupuestos histórico-culturales; 2) el modelo descriptivo; 3) los valores defendidos, definidos y argumentados; 4) el modelo prescriptivo o normativo; y 5) el modelo práctico, donde el clásico busca realizar su modelo normativo (4) con los recursos materiales (2).

Luis Salazar considera que son tres las grandes cuestiones de la política: “la mejor forma de gobierno (de la óptima república), la cuestión acerca del fundamento del poder político (o de la obligación política) y la cuestión sobre el concepto o la esencia de la política (generalmente asociada al tema de la relación entre ética y política)” (p. 24). Además, propone tres etapas de la filosofía política: la de la Antigüedad grecolatina clásica, la de la Edad Media y la de la Modernidad. Esta última puede dividirse en dos puntos: el debate entre el poder político y religioso, y la confrontación entre la economía de mercado y los poderes estatales.

El autor inicia el análisis de los filósofos que considera relevantes para la reconstrucción histórica de la filosofía política; establece que Platón inicia una reflexión filosófica propia de la política, ya que su proyecto es claro. Analizando el *Gorgias*, explica la

justificación del proyecto de Platón quien debatía constantemente con los sofistas que señalaban que la política consistía en la adquisición del poder político. Viendo la postura de estos personajes, y que el mundo es injusto debido a la ignorancia y los prejuicios, Platón propuso un modelo prescriptivo de cómo deberían ser las cosas, inaugurando así la problemática de un tema muy importante: la justicia. En *La República*, intentó demostrar que la justicia es un valor supremo. Salazar lo explica así: “la justicia no es sino ese ordenamiento justo (racional), de las partes del alma humana y de las partes del cuerpo político” (p. 61). Para este último, la justicia es un orden individual y colectivo jerarquizado filosóficamente. Desde esta perspectiva, de una realidad injusta y un ideal justo, Platón escindirá el ser y el deber ser, dejando un abismo entre ambos.

Aristóteles, por el contrario, es un realista, parte de un método inductivo y su paradigma es la metáfora organicista que implica la prioridad ontológica y axiológica de la totalidad. Para él, el hombre es un *zoon politikón*, lo cual significa que tiende por naturaleza a vivir con otros seres humanos y que el fin de la naturaleza humana es realizarse en la política; con ello presupone una teleología. Es importante resaltar que para el Estagirita lo natural es una categoría fundamental, es el orden objetivo de la naturaleza en la cual hemos de insertar nuestras acciones. De ahí que lo natural del hombre será asociarse políticamente. Entre los griegos, incluyendo a Aristóteles, existía la idea de un orden pre-establecido al cual debía ajustarse la praxis humana. Salazar expone las seis principales formas de gobierno que propone Aristóteles, hasta llegar a las formas mixtas, las cuales nos permiten actuar de acuerdo con las circunstancias, es decir, ya no se trata sólo de promover un modelo, sino también, a diferencia de Platón, de realizarlo. Un punto propuesto por Salazar para analizar con más detalle es la conexión entre Aristóteles y el republicanismo ya que, dice el autor, la República romana tenía una mezcla de rasgos que permitían un gobierno mixto, como el propuesto por el Estagirita.

Dejando atrás a los griegos, Salazar desarrolla un breve estudio de la época medieval donde la política era un aspecto secundario –a diferencia de los pensadores mencionados quienes la consideraban un proyecto de primera importancia–, pues lo primero era construir el *Reino de Dios*. El autor señala que con la adopción del cristianismo como religión oficial por parte de Constantino, la política se vio marginada a un segundo plano. De esta manera, San Agustín consideraría que: “Su misión es, más bien, mostrar que la filosofía y la política pueden y deben ponerse al servicio de la fe, de la revelación” (p. 117). Más adelante en el tiempo, Tomás de Aquino retoma las tesis aristotélicas y, aunque en *De regno* considera la monarquía como la mejor forma de gobierno, después optará por un gobierno mixto. Salazar pone al descubierto la subordinación de la política a la religión en el medievo y, con ello, muestra una transvaloración que los modernos tratarán de revertir para exaltar nuevamente la política.

El precursor de esta difícil labor –exaltar la política– es el florentino Maquiavelo, un apasionado de la acción política para quien ésta sólo tenía sentido si desembocaba en la

acción. Para Salazar el sentido peyorativo que recibe el nombre de Maquiavelo como cruel y despiadado se debe a su realismo político, aunque considero que también es atribuible a la propaganda negativa del cristianismo católico, que veía severas críticas hacia la Iglesia.¹ Según Salazar, Maquiavelo se preocupa por la *verdad efectiva de la cosa*, es decir, el criterio de una buena o mala política depende de su efectividad. El florentino distingue las formas de gobierno en repúblicas y principados, y quizá el lector puede ahondar en este punto, ya que, contrario a Salazar, creo que Maquiavelo sólo señala que un principado es lo ideal en el momento histórico en que se encuentra, pero lo más deseable es un gobierno republicano, porque es más duradero. El florentino propone otras formas de hacer política con elementos adicionales, como un ejército propio y nuevos valores, que no sirven para la salvación del alma o la beatificación, sino para la obtención y la conservación del poder político. Así, la virtud del príncipe consistirá en someter la fortuna para conservar el poder. Según Salazar, la lección de Maquiavelo es reconocer que la política es difícil y que sus imperativos son irreductibles a los de la moral o la religión.

Con Thomas Hobbes se considera que inicia la filosofía política moderna. Salazar –con obvias influencias de Bobbio– analiza el pensamiento de este autor considerando la situación hipotética del estado de naturaleza como una guerra de todos contra todos, donde la libertad es un derecho a todo y la igualdad del hombre reside en su fragilidad. La única oportunidad de salir de este estado es la institución de un poder soberano: el *Leviatán*. Este poder, que constituye el orden civil, tiene legitimidad por la figura del contrato social, donde todos los súbditos renuncian a su libertad a cambio de seguridad. El método para hacer política de este autor es análogo a la geometría euclidiana y la física de su tiempo, por ello considera que la libertad –entendida como movimiento– puede controlarse por una pasión, el temor. Así, por medio del temor el soberano instituye orden, lo cual da como resultado la seguridad de todos. Una distinción importante, dice Salazar, tiene lugar entre *ius* y *lex*; mientras que la primera es derecho a todo (libertad), la segunda es una restricción de la primera (obligación). Por medio de esta última el soberano puede controlar la primera, que es la reinante en el estado de naturaleza.

Salazar revisa también la postura de Locke, contrario a Hobbes; este filósofo considera el estado de naturaleza como un estado de armonía sólo consolidado por el estado civil. El contrato, en este caso, no es una renuncia a la libertad, sino únicamente al derecho a castigar, que depositamos en el poder jurídico. Para Hobbes el soberano tenía un poder ilimitado, no así para Locke, cuya postura liberal lo lleva a la división de los poderes, cuya principal tarea es conservar la libertad y la propiedad. Hay que señalar que para este autor la libertad es el derecho a conservar la vida y la libertad civil es no obedecer a ninguna ley que no haya dado su consentimiento, por otro lado, la propiedad

¹ Al respecto véase Mauricio Beuchot, “Algunos opositores de Maquiavelo en España y la Nueva España” en *Signos Filosóficos*, vol. VI, núm. 11, enero-junio 2004, pp. 61-71.

es ser dueño de sí mismo y de todo lo que sea producto de su trabajo. Estas dos definiciones, como se puede observar en el libro, dan lugar al desarrollo de la tradición liberal.

Por último, nuestro autor analiza a Rousseau, para quien el estado de naturaleza es uno de completa armonía, de un hombre bueno por completo, entonces, cabe preguntarse por qué actúa como habitualmente suele hacerlo. La respuesta del ginebrino es que la civilización es la responsable de la corrupción del hombre, de la maldad que lleva dentro. Pero, si la civilización lo corrompe, ¿debe volverse al estado de naturaleza? La contestación es no, pues el ser humano no puede regresar a su situación originaria, por lo que Rousseau apuesta por el hombre de virtud cívica; retomando las tesis del republicanismo romano desarrolla su teoría de la voluntad general que tantos problemas dejará sin resolver para autores e intérpretes ulteriores.

He presentado algunas de las tesis centrales del libro, sin embargo, la complejidad que Salazar desarrolla a lo largo de 380 hojas es muy rica, tanto por la diversidad y actualidad del aparato bibliográfico incluido, como por el ingenio en el desarrollo de las problemáticas. Las conclusiones de la obra representan, desde mi punto de vista, la reflexión de un hombre preocupado por los problemas de su tiempo, ya que la lectura de los clásicos sólo tiene valor cuando la aplicamos a nuestra realidad concreta.